tados los pobres, les van lavando los piés el guardian y otros dos sacerdotes que le ayudan. Y como se van levantando ya lavados, los indios principales que están diputados para ello, les van vistiendo á cada uno de los doce una ropa nueva de las que ellos usan, y los llevan á asentar á una mesa que está puesta y aparejada allí en la misma iglesia, con sus manteles y sus raciones para cada uno. El guardian, que está en lugar de Cristo nuestro Redentor en la cabecera, hace una breve plática, trayendo á la memoria el lavatorio y cena del Señor, que allí se representa, y el ejemplo que nos dejó de humildad y caridad. El gasto de esta ceremonia hacen los principales; mas por otra parte, como los demas pobres son tantos, que en algunas partes se juntan mas de ciento y no sé si doscientos, es cosa de ver la abundancia de comida que las indias (segun su devocion) tienen tendida por el patio, de cosas guisadas en sus cazuelas ó vasos que ellas usan, y pan y fruta, que los pobres todos quedan bien hartos aquel dia, y aun ricos en alguna manera, porque despues de haber comido se van á asentar, haciendo dos hileras, desde la puerta del patio hácia la puerta de la iglesia, de manera que todos los que han de venir aquella tarde á la iglesia (que es todo el pueblo) han de pasar entre ellos, y ninguno deja de darles limosna, y los mas la dan á todos, particularmente las mujeres como mas devotas, que cada una trae una haldada de mazorcas de maiz y va dando á cada uno la suya, y acabada la una hilera, luego vuelve por la otra. Otras traen (y los hombres tambien) un monton de cacao, que les sirve de moneda menuda, y es como almendras, y molidas se hace de ellas muy buena bebida usada. Tambien muchos de los españoles, de estas almendras que llaman cacao van dando á cada pobre cada uno las que quiere, como quien en España da tantas ó tantas blancas. Esto que he contado, pasa en todos los pueblos de indios, grandes y chicos, á do residen religiosos, que en los demas no sé lo que hay. Y porque me he detenido en este discurso, abreviaré lo de las procesiones que salen de la capilla de Procesiones nota- S. José, contando cómo salieron en este presente año de mil y quibles que salen de la capilla de S. José la nientos y noventa y cinco. El Juéves Santo salió la procesion de la Veracruz con mas de veinte mil indios, y mas de tres mil penitentes, con doscientas y diez y nueve insignias de Cristos y insignias de su pasion. El viérnes salieron en la procesion de la Soledad mas de siete mil y setecientos disciplinantes, por cuenta, con in-Procesion insigne signias de la Soledad. La mañana de la Resurreccion salió la procesion de S. José con doscientas y treinta andas de imágines de

437 Nuestro Señor y Nuestra Señora y de otros santos, todas doradas y muy vistosas. Iban en ella todos los confrades de entrambas confradías arriba dichas de la Veracruz y Soledad (que es gran número) con mucha órden y con velas de cera en sus manos, y demas de ellos por los lados gente innumerable de hombres y mujeres, que cuasi todos tambien llevan candelas de cera. Van ordenados por sus barrios, segun la superioridad ó inferioridad que unos á otros se reconocen, conforme á sus antiguas costumbres. La cera toda es blanca como un papel, y como ellos y ellas van tambien vestidos de blanco y muy limpios, y esto al amanecer ó poco antes, es una de las vistosas y solennes procesiones de la cristiandad. Y así decia el virey D. Martin Enriquez, que era una de las cosas mas de ver que en su vida habia visto. Hacen otras muchas procesiones solennes entre año, en especial dos, con el mismo aparato de todas las andas; la una el dia de la Asuncion de Nuestra Señora, á una iglesia que llaman Santa María la Redonda, barrio principal de los indios mexicanos, y la otra el dia de S. Juan Baptista, á la iglesia de S. Juan de la Penitencia, donde hay convento de monjas de Santa Clara, y es tambien barrio principal de los indios de México. Y por esta misma forma hacen sus procesiones en todos los pueblos grandes de esta Nueva España, y en algunos va tanta ó poco menos gente, y aparato de andas y Cristos que en la de la Veracruz, como es Xuchimilco y Tezcuco y otros semejantes. Y mas gente irá en la de Tlaxcala; á lo menos en un tiempo solian ir quince ó veinte mil disciplinantes.

CAPITULO XXI.

De algunas condiciones naturales que tienen los indios para ayuda de su cristiandad, y cómo de su parte son muy salvables, si son ayudados.

Puédese afirmar por verdad infalible, que en el mundo no se ha Indios, son muy descubierto nacion ó generacion de gente mas dispuesta y apareja- dóciles para su salvada para salvar sus ánimas (siendo ayudados para ello), que los indios de esta Nueva España. De los del Perú y otros no hablo, porque no los he visto. Mas de estos puédolo decir, pues los he confesado, predicado y tratado cuarenta y tantos años. Y porque esta verdad parezca mas clara, diré las condiciones y cualidades naturales que en ellos conocemos, muy favorables para hacer vida

cristiana y para agradar á Dios, y por el consiguiente para alcanzar la gloria del cielo. La primera es ser gente pacífica y mansa (que ambas á dos cosas pone el Redentor del mundo entre las ocho bienaventuranzas, diciendo: «Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra; » es á saber, de los vivientes: «Bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios»), y tanto, que tratando de esta materia, refiere cierto venerable obispo de estas Indias en unos sus escritos, que habiendo estado entre ellos antes de obispo, no sé si quince ó veinte años, no habia visto reñir un indio con otro, sino solos dos mozos, que el uno al otro se iban dando con los cobdos sin hacerse mal. Y lo mismo pienso que podria vo firmar de tantos, y por ventura mas años, los primeros despues que vine á esta tierra; empero ahora ya veo que han aprendido á reñir los mozuelos medio jugando, que no los grandes, sino cuando con el vino están fuera de sí, que entonces sin alguna ocasion se matan como bestias. La causa de su natural mansedumbre es falta de cólera y abundancia de flegma, y á esta causa padecen harto con nosotros los españoles, que como somos coléricos, querriamos que no fuese dicho, cuando fuese hecho lo que les mandamos y pedimos, lo cual hacen ellos tan poco á poco, que no nos pueden dar contento. Tambien podria ser que esta su mansedumbre fuese acquisita, procurada, y enseñada entre sí mismos, como á la verdad la enseñaban los padres á sus hijos, aun en el tiempo de su infidelidad. Y en los señores y gente principal no se podia notar mayor falta que verlos enojados. Si se les daba ocasion por sus inferiores, mandábanlos castigar, mas sin mostrar turbacion en el rostro ni en otros meneos, sino con todo el sosiego y reportacion del mundo. Y así de los sacerdotes y religiosos (despues del vicio de la carne¹), no pueden ver en ellos cosa que mas los escandalice, que reñir unos con otros, ó verlos turbados cuando á ellos les riñen. Si el fraile que los tiene á cargo, sabida la culpa de un indio (aunque sea alcalde del pueblo ó gobernador), lo llama aparte y se la reprende con amor y caridad, y le dice que para aplacar á Dios á quien tiene ofendido haga allí luego penitencia, se despojará con entera voluntad y se azotará él mismo ó se dejará azotar de otro, y dará muchas gracias al fraile, diciendo que le ha hecho mucha merced. Mas si ve que le mueve enojo y está con alteracion ó turbacion, ó se le desvergonzará y irá á los ojos, ó se irá á quejar

1 Estas palabras están borradas en el MS.

de él, ó ya que mas no pueda, lo tendrá en mala posesion, y dirá que es como los cristianos, por decir que es como un seglar. La segunda condicion de los indios es simplicidad, por lo cual si no hay en los que con ellos tratan conciencia, son fáciles de engañar. ¿Qué mayor simplicidad, que cuando al principio los españoles lle- simplicidad de los garon en cualquier parte de Indias, pensar que eran dioses ó hombres del cielo, aunque los veian con armas ofensivas y dañosas, y recebirlos como á ángeles, sin algun recelo? ¿Y pensar que el caballero y el caballo eran una misma cosa? ¿Y tambien que los frailes no eran como los otros hombres seglares, sino que por sí se nacian? ¿O que los frailes legos eran las madres que los parian? ¿ Qué mayor sinceridad, que tener en mas estima las contezuelas de vidrio que el oro? ¿Y en el tiempo de ahora, comunmente (fuera de algunos pocos que han abierto los ojos) dejarse engañar á cada paso, comprando gato por liebre, zupia por vino, lo podrido por sano, sin hacer diferencia de lo malo que les dan á lo que habria de ser bueno? Y esta es una de las ocasiones por do corren peligro las almas de los españoles en tierra de Indias, porque muchos no hacen conciencia de engañar á los indios, vendiéndoles por bueno lo que entre españoles que lo entienden no habria quien lo quisiese comprar. Verdad es que algunos de los indios ó indias tambien saben entre si usar este trato á manera de gitanos, renovando lo viejo para que parezca nuevo, y haciendo otros semejantes embustes; pero el comun de los indios en esto y en todo lo demas son fáciles para ser engañados, por su sinceridad y buena confianza. La tercera cualidad es pobreza y contentamiento con ella, sin cobdicia de allegar ni atesorar, que es el mayor tesoro de los tesoros, mayormente para un cristiano, que si deveras ha de seguir á su capitan Jesucristo, no ha de hacer mas caso de los tesoros y riquezas del mundo, que si fuesen un poco de estiércol, como lo hacia el apóstol S. Pablo, y se preciaba de ello, y se contentaba con la comida que bastase á sustentar su cuerpo, y vestido con que pudiese cubrir sus carnes. Esta doctrina ejercitaban, aun siendo infieles, los indios, como si se la oviera predicado y metido en las entrañas el mismo Hijo de Dios, que lo podia hacer. Y la ejercitan ahora la mayor parte del comun, contentándose los mas de ellos con su pan de maiz y el chile ó pimienta que en España llaman de las Indias, con algunas yerbezuelas; pero si les dan carne ó la alcanzan, de muy buena gana la comen, y en esto se conforman con lo que el mismo apóstol decia: «Sé abundar

á veces teniendo lo sobrado, y sé padecer mengua y pasar con ella.»

Philip. 3.

El vestido del indio plebeyo es una mantilla vieja hecha mil peda-

zos, que si el padre S. Francisco viviera hoy en el mundo y viera

á estos indios, se avergonzara y confundiera, confesando que ya no

era su hermana la pobreza, ni tenia que alabarse de ella. Pues en-

tren en la casa del indio, y las alhajas que hallarán en la choza (como-

la de S. Hilarion) cubierta de humo, es una piedra de moler, y

unas ollas viejas, y cántaros, y si tiene una estera rota por cama

para descansar en ella, no es poco regalo, porque muchos no la tie-

nen, sino el suelo duro. Y no se engañen los que piensan que los

indios no usan de la pobreza, ni la conocen por virtud, sino á mas

no poder, porque un indio principal de Tlalmanalco dijo á cierto

religioso, que los indios recebian grande ejemplo de ver á los frailes

con hábitos remendados, porque sabian que los podian traer nue-

vos, y por amor de Nuestro Señor Jesucristo querian andar pobres.

Indios hay tambien ricos, y que saben granjear y buscar lo que han

menester, y pasan con regalo su vida; pero son muy pocos en com-

paracion de los pobres. Y aun estos no amontonan dinero para

guardar en sus arcas, ni se fatigan por el dote que han de dar á sus

hijas, ni por el mayorazgo que han de hacer en sus herederos, sino

que en allegando ciento ó doscientos ó mas ducados, conforme al

intento que tienen, hacen para la iglesia un frontal ó una casulla,

ó un cáliz ó una imágen de un santo, con andas ó sin ellas, y por

festejar la ofrenda que hacen á Dios, convidan á sus parientes y ve-

cinos. Otros que no tienen tan buen espíritu, todo lo gastan en fies-

tas y en banquetes. Y por el contrario, algunas indias viejas andan

zanqueando y recogiendo con harto trabajo lo que ganan, andando

cargadas de mercado en mercado, y su comer y vestir es como el

de los muy pobres, y lo que afanan es todo para ornato de la igle-

sia de Dios, como arriba se dijo de algunas en el capítulo diez y

siete. Y en conclusion es esto cierto, que no crió Dios, ni tiene en

el mundo gente mas pobre y contenta con la pobreza, que son los

indios, ni mas quitada de cobdicia y avaricia que (segun S. Pa-

blo) es raiz de todos los males, ni mas larga y liberal de lo poco

lo que hasta aquí se ha dicho. ¿Qué mas humildad que ponerse un

gran señor á barrer la iglesia? ¿Qué mas que dejarse azotar como

un muchacho? ¿Qué mas desprecio de sí mismos, que coger la ba-

sura en la ropa que traen vestida (que es uso general de todos ellos),

y arrojar el sombrero en el suelo cuando han de hablar á quien tienen

algun respeto? De obediencia, no tiene que ver con la suya la de

cuantos novicios hay en las religiones. No parece sino que con solos ellos hablaba el apóstol S. Pedro, cuando dijo: «Sed súbditos y subjetos á toda humana criatura, » pues que en solos ellos se verifica. Blancos y negros, chicos y grandes, altos y bajos, todos les mandan, y á todos obedecen. No saben decir de no á cuanto les mandan, sino que á todo responden, mayhui, que quiere decir hágase así. Y aunque algunas cosas no hagan porque no les cuadran, á lo menos el Mayo ha de correr por todos los meses y tiempos del año. La paciencia de los indios es increible. Dijo el Hijo de Dios en su Paciencia de los Evangelio: «Que ninguno puede servir á dos señores juntamente, porque ó aborrecerá al uno y amará al otro, ó sufrirá al uno y no hará caso del otro.» Y sin que falte esta verdad (como no puede faltar), vemos que sufre el indio á una mala vision de mandones sin saberse quejar, ni chistar, ni murmurar, llevándolo todo con igual voluntad como si fuese obligado á todo. Ya le manda el alcalde que vaya á trabajar á su labranza, y va á la labranza; aun no ha vuelto á su casa, cuando el gobernador le manda que le acarree agua á la suya. Cógelo luego el regidor y entrégalo á un español por una semana. Por otra parte lo busca el alguacil para que vaya al repartimiento. Tras esto se ofrece una fiesta de la iglesia, mándanle que vaya por ramos al monte, ó á la laguna por juncia. Échale otro mano para que al pasajero le lleve su hato ó carga. Otro le envia diez ó veinte leguas por mensajero con cartas. Viene virey ó arzobispo ó otro personaje á la tierra, ha de ir á aderezar los caminos. Hácense fiestas ó regocijos en México, fuérzanlo que vaya á hacer barreras, tablados y lo demas, y todo lo ha de hacer sin réplica. Y esto es nada en respecto de lo mas, y es que los bueyes, cabras ó ovejas que pasan ó meten por sus sementeras, le comen lo que tenia sembrado y habia de coger para todo el año. El pastor le lleva hurtado el hijo, el carretero la hija, el negro la mujer, el mulato le aporrea, y sobre esto le llega otro repartimiento de que vaya á servir á las minas, donde acaba la vida. Por momentos le riñen y aporrean sin ocasion, aperrean y maltratan, porque ellos no le entienden ni él los entiende, le apalean y azotan sin culpa, y él calla y no se excusa. Es cierto que considerados los continuos trabajos, daños y vejaciones que esta miserable gente de nosotros recibe, suelo maravillarme cómo no se van á las montañas y riscos con los chichimecos, ó por esa larga tierra que en centenares de leguas

1 Parece que esta palabra la usa el P. Mendieta, por cierta semejanza con la de maybui, que dice usaban siempre los indios por respuesta.

440

Humildad de los que tienen. De humildad, hartos ejemplos se pueden colegir de

está descubierta. Tambien se prueba la paciencia en la facilidad con Perdonan las injuras y ofensas. Ninguno de ellos habrá sido tan ofendido, que con mediana persuasion de un sacerdote deje de perdonar luego al que le ofendió. En la paciencia y conformidad conformidad de con la voluntad de Dios con que mueren, quisiera alargarme un poco, por ser muy notable y ejemplar para los cristianos viejos, y no puedo por ir tan largo este capítulo. Basta decir que ninguno de ellos muere con la inquietud y pesadumbre que muchos de los nuestros, mostrando alguna impaciencia ó que le pesa de morir, sino con muestras de contento de que se cumpla en ellos la voluntad de Dios. Y así lo responden de palabra al confesor ó á otro que los quiere en aquel paso consolar, diciendo: «Padre, ¿ya no sabemos que hemos de morir? ¿Por ventura es perpetua nuestra morada en la tierra? ¿No hemos de ir este camino cuando nuestro Dios y Señor fuere servido? Aquí estoy: hágase su santa voluntad.» Y no solo á grandes, sino tambien á niños, me ha acaecido oir en aquel paso cosas que me dejaban admirado y enternecido de gozo, porque me parecia que los veia ir volando al cielo. Y la razon porque en este caso nos hacen ventaja, es por estar ellos mas despegados de los bienes y cosas de la tierra, y tener en el corazon mas impresa la memoria de la brevedad de la vida.

CAPÍTULO XXII.

De los beatos de Chocaman, y de otros indios que se han señalado en querer seguir

DOCTRINA es del bienaventurado apóstol S. Pablo, escribiendo á los romanos (muy diferente de la que nosotros platicamos), que para con Dios y ante su divina presencia, no hay diferencia del judío al griego, ni del bárbaro al escita, ni del español al indio, porque él es Criador y Señor de todos, y tan rico y poderoso para el uno como para el otro, y obra en el uno así como en el otro, cuando lo llama y invoca su santo nombre. Y el mismo Señor nos lo dijo mas breve: «Que el Espíritu Santo á do quiere y en quien quiere espira y inspira buenos deseos y santos propósitos.» Digo esto, porque con ser los indios tan bajos y despreciados cuanto algunos los quieren hacer, ha habido muchos de ellos que han mostrado muy deveras en sus obras el menosprecio del mundo, y deseo de seguir á Jesucristo con tanta eficacia y con tan buen espíritu, cuanto vo,

pobre español y fraile menor, quisiera haber tenido en seguimiento de la vida evangélica que á Dios profesé. De estos muchos, traeré en consecuencia algunos, para que confusos de su ruin vida, comparada á la de estos, se vayan á la mano los que se precian de apocar y abatir y maldecir los indios. A un indio natural de la ciudad de Beatos de Choca-Cholula, llamado Baltasar, comunicó nuestro Dios tan buen espíritu, que no se contentó con procurar de salvar su sola ánima, sino que anduvo allegando por los pueblos circunvecinos (como son Tepeaca, Tecali, Tecamachalco y Guatinchan) los indios que pudo atraer á su opinion y devocion, y habiendo buscado en todas las sierras que caen detras del volcan y sierra nevada de Tecamachalco, lugar cómodo y aparejado para lo que pretendia, que era tener quietud para darse á Dios en recogimiento y vida solitaria sin ruido, los llevó á los que tenia persuadidos y lo quisieron seguir, con sus mujeres y hijos (los que los tenian) á un asiento cual deseaba, entre dos rios que salen de la misma sierra nevada, el uno grande y el otro pequeño. El grande lleva una espantable barranca, que para bajar á ella desde el sitio que Baltasar escogió, no pueden sino por escaleras de madera. En este lugar hizo una poblacion de hartos vecinos, á la cual puso por nombre Chocaman, que quiere decir lugar de lloro y penitencia, y púsolos en muy buenas costumbres, haciendo de comun consentimiento ciertas ordenanzas y leyes de cómo habian de vivir, y lo que habian de rezar; y finalmente, el modo de cómo en todas las cosas se habian de haber, que si yo imaginara ahora cuarenta años que habia de escrebir esto, lo oviera sabido todo y lo pusiera aquí por extenso. Solo me acuerdo que dieron estos indios grande olor de buena fama, por donde los llamaron beatos, y que fué mucho su recogimiento y mortificacion; tanto, que las mujeres por ninguna via ni causa miraban á la cara á algun hombre. El padre Fr. Juan de Ribas, uno de los doce, fué muy aficionado á estos indios, y los iba á consolar y esforzar muchas veces, y con su calor se alentaron y sustentaron en el rigor de penitencia y santas costumbres que habian comenzado. Y aunque ellos pidieron en los capítulos algun religioso ó un par de ellos, que los tuviesen debajo de su amparo y doctrina (porque con la mudanza del tiempo no desmayasen), no hubo efecto su peticion, porque en aquella sazon habia otros pueblos grandes que anhelaban por lo mismo, y no lo alcanzaban. De suerte, que entrando un padre clérigo por beneficiado de otros pueblos de aquella comarca, por cercanía los redujo á su cargo, habrá treinta años ó poco menos, y á esta causa